

El idiota presumido

written by Carlos Eduardo Freile Granizo | 18/11/2020

Tomo el título de este artículo de **un escrito de G.K. Chesterton**, en que reflexiona sobre la democracia, allí dice: **“El despotismo racional -es decir, el despotismo selectivo- es siempre una maldición para la humanidad, porque con eso el hombre común queda incomprendido y mal gobernado por algún idiota presumido que no tiene ningún respeto fraternal por él”**. (El amable lector me va a perdonar que por hoy cite la fuente con exactitud, me mueve a ello el deseo de que el mayor número posible de personas lean a Chesterton. El párrafo proviene de su libro **“Herejes”**, Acantilado, Barcelona, 2007, p. 202).

Al contrario de lo que muchos piensan, **el catolicismo es enemigo de los déspotas y tiranos**, tan es así que respetables autores jesuitas defendieron el tiranicidio como medio para liberar al pueblo de los excesos del gobernante en no habiendo otros medios y dentro de ciertas condiciones. Por eso es conveniente pensar sobre la posibilidad de **elegir un posible déspota en elecciones democráticas**, pues a eso se refiere Chesterton cuando menciona el **“despotismo racional, o sea selectivo”**, no hereditario, ni impuesto por una conquista militar del poder. Los ciudadanos corremos el peligro de escoger como gobernante a un **“idiota presumido”**, que a su tontera une la vanidad y la soberbia, ese convencimiento acrítico de tener todas las cualidades innatas para gobernar a una masa de seres inferiores. **El idiota presumido se convence que por haber sido elegido en las urnas ya tiene patente de curso para hacer lo que le venga en gana, le han dado la autoridad suficiente por considerarlo apropiado para ejercerla, sin darse cuenta de su osadía, aunque esté acompañada de brillantez superficial.**

Chesterton continúa con afirmaciones dignas de atención por parte de todos, sobre todo de los católicos responsables: **“Los**

hombres confían en un gran hombre porque no confían en sí mismos. Y es por eso que el culto de los grandes hombres aparece siempre en tiempos de debilidad y cobardía; **nunca oímos hablar de grandes hombres hasta el momento en que todos los demás hombres son pequeños**". Esta es la tragedia recurrente de nuestro país, siempre a la búsqueda de líderes mesiánicos quienes con sus acciones extraordinarias nos saquen de la pobreza. Nos agobia la convicción de sabernos pequeños, incapaces, débiles, pero no reconocemos nuestra cobardía. Anhelamos que otros peleen nuestras batallas.

El ciudadano católico sabe que el bien común, meta de la política, se consigue en la acción común: cada uno debe poner su esfuerzo para que la sociedad supere las diversas carencias que la agobian. Nos encadena un sentimiento mágico, que poco tiene que ver con la doctrina de la Iglesia, atado a percepciones primitivas de las relaciones entre la consecución de fines y los medios para alcanzarlos. No ahondo en la grave distorsión de conceder a simples seres humanos características angélicas o demiúrgicas o a verles como sustitutos lastimosos de Jesús, el que hacía milagros en Galilea.

Decía Erasmo que el buen católico es el mejor ciudadano y el buen ciudadano es el mejor católico; es tiempo de poner la mirada en personas comunes para que dirijan la política y la economía, no en idiotas presumidos: en individuos que de orígenes normales han construido proyectos beneficiosos, que han dado muestras de saber trabajar como cualquier hijo de vecino para progresar; que han sabido confiar en ellos mismos, en sus colaboradores, no en dádivas ni del cielo ni de los idiotas presumidos que han llegado al poder por la debilidad de la mayoría. Es notorio que los católicos confiamos en Dios, pero no le dejamos todo el trabajo; **no somos "avestruces que esconden la cabeza en las arenas del cielo"**, como se burlaba Sartre; nos empeñamos en los asuntos terrenales con total responsabilidad porque sabemos que ese es al camino para llegar a la eternidad, no besar las manos de los idiotas

presumidos para conseguir sus regalos malolientes.